

**Poemas
del sexto día
de la creación**

Raúl Navarrete



Cruz



**Poemas
del sexto día
de la creación**

Raúl Navarrete

Diálogos con la tierra

(1961-1965)

El tiempo

Hubo un tiempo a la luz que se agitaba,
que huía, que se mezclaba con la tierra.
Llameaba la inconsciencia
en los cuerpos extraños, retorcidos.
Pero el viento sentía y las horas sentían
y el corazón entero se volcaba
aspirando la noche.
Ardía el corazón rodeado de huracanes,
de luz, de placidez,
y los ojos cerrados miraban transparentes
la lejanía en sombras.
Con el rostro en el agua
y apretando las sienes entonces se vivía,
y el tiempo se tomaba,
se abría, se absorbía
en el tiempo que va quedando ahora
sobre la blanca tierra.

La venida

Rendido entre las sombras
sin color ni contornos, apresado
estuvo un día del tiempo.
No le huía a los ojos
que se abrían inmóviles,
ni a la luz que ignoraba el movimiento:
pasaba simplemente y se rodeaba
con el calor sin nombre,
con su cuerpo nombrado en el silencio,
ausente de la sangre y sus latidos
hasta que así uniforme
—oh reía, lloraba, recordaba—
fue a la orilla del mundo
y regresó una vez
y se quedó un instante.

Niña de los cuatro vientres

Madre de los profetas, tierra,
relámpago de las culebras en el pozo,
niña de cuatro vientres y uno más
para el camino: la punzada le muerde
la lengua, las cejas y rodillas
tensas de arrugas y pelambre.
Temporada de invierno bajo el agua,
niña madre del girasol, tierra
partida en brazos del dios todopoderoso,
lagarto desprendido, dentellada marina
y ruta nueva: una hoja
la mueve, se la lleva y no se ve ya más;
pero otro soplo la trae, la convierte en abuela
de un solo vientre en cuatro ojos
lejanos, y entonces madre de los profetas,
tierra doble y partida, la niña
es muerte y lluvia, relámpago y otoño,
rama que se desprende y cae
hacia un deslizadero en el que guarda
lengua, dientes y voz,
y allí se inmoviliza.

Rostro desconocido

Rostro desconocido, ve tus ojos,
tus manos y tu cuerpo de altura insospechada.
Ha llegado el granizo
de la estación, ahora.
Ha llegado a los prados lentamente
con sus garras abiertas,
terribles, afiladas.
No ha vuelto así desde el principio,
no ha vuelto del espacio
oh tú, desconocido,
para cubrir tus miembros.
Ve su rostro que gira y que se acerca,
rostro desconocido
que rodará al agua, al fuego,
en tu porción de tierra que se encoge.

Los muertos

Los muertos bajan a la tierra.
Los muertos bajan a la tierra.
Yo vi caer la azada,
el templo, el paraíso.
Qué pasó no lo supe.
Y fueron siglos, siglos, de morir,
de rechazar la vida
y de quedar inmóvil, increíble.
Yo vi caer la azada.
Ah los bosques se abrieron,
se abrió mi corazón al pedernal
y quieto estuvo.
Qué pasó no lo supe.
Vi bajar a los muertos;
mas los muertos descienden a la tierra.
Aquellos tiempos se alejaron
y me quedé esperando
una reacción, un grito.

Mira allá

Mira allá, no te vuelvas, que es sólo un animal
de rostro colorido, de múltiple plumaje.

El mundo es lo que ves en él, ahora,
en este mismo instante.

Dance tu oído atento, tu voz, tu vestidura,
que el mar vendrá bajo los barcos,
se apagará la estrella
y estará la escritura en la serpiente
de limitado vuelo.

El mundo es lo que ves si ves la altura
de roca sobre roca,
de acero sobre acero.

Es sólo un animal, danzante.

No te vuelvas, no llames, no preguntes
qué fue lo que se vio.

Los países

Aquí están los países de la corola tierna.
Las flores en los dientes del arrayán florido.
Hacia allá las señales se encaminan
a pedir una tregua.
Aquí la aurora nace.
Y aquí está el arrayán rodeando los países.
Aquí están las corolas.
Las flores en los dientes del arrayán florido.
Y algo más, algo más
a mitad de lo oscuro.

Ninguno

No se la ve, a la tierra.

Estar con ella un tiempo reducido.

Cómo cae lo que cae, lo que se va y que vuelve:

un cántico sonoro entre las hierbas

de alguna parte oculta;

una luz más allá,

donde nadie ha podido resistirse

y esperar que anochezca.

Nadie. Ninguno habrá escuchado

lo que se escucha aquí.

Ninguno estará alerta.

Ninguno pasará a la orilla opuesta

ni alargará su voz.

Ninguno así, ninguno.

No se la ve, a la tierra.

Qué dolor recordarlo.

Pero mirad: de aquí se ve

que gira, que se mueve.

Las cosas

Mundo antiguo, secreto,
donde la flor se ahoga y se oscurece.

Mundo antiguo, secreto,
donde no estuve nunca de mañana
esperando la hora de los tiempos.

Han pasado de prisa hacia las nubes
y se quedan, cenizas, las guirnaldas.

Han pasado las nubes, la agonía,
la danza del amor, tan presurosa.

Mundo antiguo, secreto,
ahora no se irán las viejas voces
ni ocurrirán al alba.

Ahora no se irán, que irán ahora
a tenderse, a tenderse,
a resonar las voces en el aire
y a cubrir el silencio de otras voces
donde habrá de quedar
apretada, visible, cada cosa.

El que huye

Gusano tornasol, terrestre,
gusano tornasol.

Qué mundo se abrirá a su huida
si ha llegado el momento inesperado
de fatigar las horas.

Qué mundo encontrará el camino
revuelto de nosotros.

Apenas un puñado de agonía
con el viento, en la tarde,
acallando su voz en el invierno.

Gusano tornasol, terrestre,
gusano tornasol.

Qué mundo grave, qué concierto
bajará de la noche:

el día pasará y habrá quedado
sólo una huella clara
renovándose siempre
del gusano que huye, tornasol.

Girando con la tierra

Una vez en la noche
me encontró la mañana
girando con la tierra.
Se oía el desenfreno de los brazos,
el ruido de los pies
en el agua de ahora, desdentada.
Toda la vida, entonces, se redujo.
Vi morir a las bestias y a los dioses
como una sola sangre,
como una sola hoguera transparente.
Vi morir a las bestias, atrapadas;
al cielo de la tarde desplomarse;
levantarse la voz y endurecerse
más y más y de prisa.
Ah mi voz se detuvo;
se detuvo mi voz más y más y de prisa
para volver aquí.
Por eso en este instante,
lo pasado,
me encuentra la mañana
girando, girando,
girando con la tierra.

La hora

En una roca no prevista
pasé la noche adormecido,
bajo el ala de las criaturas terrenales.
He de contarle ahora:

Era la llama, la dulzura
de volver a empezar
el hallazgo de antiguas profecías.

Dije: "Aquí no hay otra cosa
que lo que encuentre y diga".

Así entonces completa, despertada
y hallada con su luz,
fue la hora cantada,
la hora descubierta palmo a palmo
bajo el ala de las criaturas terrenales.

Dije: "Aquí se encuentra y vive
lo que digo de ahora".

Y en esa misma noche adormecido
fui a morar en la noche,
bajo el ala de las criaturas terrenales.

Dije: "Aquí no habrá otra cosa
que lo encontrado y dicho".

Principio

Allá su corazón surgió cerrado, azul,
sobre las alas de los pájaros.

El sol, las nubes en estío
maduraron sus rostros
y en tinieblas la luz quedó lejana.

Así no había más contornos
que el silencio al azar en los moluscos
y el corazón, su corazón sobre las alas.
Pero el tiempo y las vértebras
recibieron la luz y reencarnaron
al gozo de la víspera,
y allá su corazón surgió en la tierra,
sangriento, dividido,
arrastrando su ser junto a los manantiales.

No recuerdo si ayer

No recuerdo si ayer o si mañana
o si nunca estarás, o si estuvimos;
lo que fue y que será de lo que fuimos
no sabré recordarlo, luz cercana.

Luz cercana, envolvente, luz lejana
de ayer en que quedamos o partimos,
no recuerdo si ahora que vinimos
nos iremos quedando, sombra llana.

Sombra y luces pasadas, idas, idas,
no recuerdo si pudo o si se puede
tomarlas para sí, desvanecidas;

no recuerdo la hora, ni el acuerdo,
ni el ayer ni el mañana donde cede
tu amor lívido y albo, no recuerdo.

Un lugar

Hay un lugar donde florecen las acacias
y el viento yace por la tierra inmóvil.
Un lugar circundado por el nombre
transparente y sencillo que aún no se pronuncia.
Un lugar donde el tiempo,
los caminos se entierran en raíces
surgiendo verdes, suaves, con reflejos
que vierten sus entrañas silenciosas.

Caracoles, ciudades iriscentes,
gacelas, tempestades.
Todo pasa o se queda en una gota
temblando y existiendo.
Los pájaros se olvidan en la hierba
y hay rostros de mujeres en el lago
que ondula y reverbera
mostrando el *golpe que machaca cráneos*
en parte alguna,
lejana e imposible...

No, no cerréis los ojos. Yo lo digo,
lo digo eternamente:
Hay un lugar donde florecen las acacias
y todo está dormido con la espera
del único habitante.

1942-1975

Aquí me quedo, aquí, en la tierra,
donde no he de salir.
Mirando alguna cosa por su nombre,
pensando, aquí me quedo,
donde las estaciones ágiles
se enredan y no caen;
en el aire, en el único aire
que jamás he de ver,
entre todas las cosas
que jamás he de ver,
aquí me quedo, aquí,
sin pensar, o pensando en los cuerpos,
en algo que no duerme
ni respira en la nada;
inmóvil, sin saberlo siquiera,
aquí me quedo, aquí, en la tierra,
donde no he de salir,
sin saberlo, y ausente, sin saberlo,
desnudo, sin saberlo, aquí me quedo.

Canción de muertos recientes

Canción, canta a los muertos de esta hora
y llámalos, canción,
por los alambres presurosos,
que es de noche, canción,
y acaso se revuelven en su cofia
y retumban, canción,
para habitar una alegría
que no será alegría,
o una hoguera, canción,
que ni noche ni hoguera
jamás serán, canción,
abajo de las llamas que se apagan
hace tiempo, canción,
las llamas con la noche y con el tiempo
y la hoguera, canción,
que no serán jamás, ni lo que digo
por los alambres presurosos,
canción,
ni siquiera los muertos de esta hora
ni lo que fue y que es,
canción.

El día

Que está creado el punto, que está hecho,
como un mandato, el día, que se forma
la oscuridad y nada lo transforma
sino miradas que lo ven, deshecho.

Que al instante la voz, la frente, el pecho,
se yerguen a su paso, le hacen norma,
lo retuercen y danle plataforma
segura y engañosa en su derecho.

Que así ha sido y será, que lo descubro
y lo creo, igual que si convergen
las cavernas y el mar, o el cielo rubro

se desflora y extiende todo anillos
a mi lado en la tierra, donde emergen
pájaros blancos, negros, amarillos.

Preámbulo

Subirá acaso a las llanuras fértiles
en la penúltima semana de un año fatigoso.
Hacia atrás mirará, donde el estío
apacienta la luna y disminuye.

Cuánta tiniebla, cuántas tempestades
se cernirán sobre la tierra,
la ausente, la aquietada,
la fatigosa tierra del mar y de los sueños,
antes que nuevos pájaros prevengan
una remota claridad o un desconfiado olvido.
Será un instante lo pasado
sobre su superficie
mientras huye como un fantasma a las ciudades
y a las llanuras fértiles
en busca de tu rostro,
blancura, muerte, amor desfigurado,
sin hallar el vacío,
la palabra secreta
que le hable
de las rojas legumbres,
de la piedad, del fuego,
donde nada le dice que aún no ha muerto.

Lluvia

No ha llovido este año
sobre ninguna parte.

Así no pasará la aurora
ni arderán las azoteas de las casas
del pueblo solo.

Nosotros hemos visto qué agonía,
por llamarla de algún modo,
va aclarando su rostro a cada instante.

Dolor y euforia. Vago deseo de vivir
y habitar en las casas más altas y pequeñas
sabiendo para siempre

que sí,

que sí estaremos, que estuvimos
una noche olvidados

de un siglo a otro siglo,
sopesando y midiendo

con la embriaguez secreta de que nada quedara
sino nuestro deseo

de fiera retorcida

sin otra cosa que su cuerpo.

Pero mirad, que ahora llueve.

Se despiertan los dioses

y tiemblan, tiemblan, sobre el pueblo.

Elementos

Florece los capullos y la flor no florece:
el campo se abrirá para lanzarnos
más arriba del cielo.

Aquí me he detenido para romper capullos,
para pensar que vienes.

Vendrás si yo te llamo, si encuentro entre los nombres
el nombre que te diga.

Te lo dirá una piedra silenciosa
hacia la que te inclines, o algún manto,
el más pesado que te envuelva,
el de los abandonos.

Aquí me quedaré sentado entre las matas,
diciendo una palabra, sólo una.

Te la diré mientras se borre lo que diga
y estallen estaciones:

te la diré mientras florecen los capullos
y las flores se acercan a lo mismo.

La casa

Casa, casa, día y luz
del tiempo que no viene.
(La tierra no se abre,
solamente florece
o en la cima de cualquier montaña
deja un poco de nieve.)

Casa, casa entre los árboles,
junto al sueño, casa tenue:
al lago, a la brisa,
a qué sol se vuelve
la casa,
la casa perdida que nunca aparece.

Canciones para el tiempo
que muere

(1966-1971)

El ahorcado

Amanece y el ahorcado despierta
en otra oscuridad. Se busca arriba, abajo,
de pie bajo las nubes y contra el suelo firme.

Al fin se encuentra, pero ahorcado
y así quiere quedarse hasta otro día
en que una voz lo llame. Dice: “Comeré
de mi pan y beberé del agua que llovizne
sobre de mi cabeza”. El ahorcado despierta
y nada ve más que llanuras, campos,
casas y corredores, mujeres y hombres
reunidos en esquinas y plazas.

Alza la voz y dice: “La vida no es torcer un lazo
sino amarrarlo al cuello y abandonarlo allí.
Me arrepiento: no comeré mi pan ni beberé una sola
gota de agua aunque llovizne en esta hora”.

Amanece y el ahorcado gira en el viento de la casa.
Despierta y ve sus manos: en cada una falta un dedo
y por más que mira fijamente no lo encuentra.
Son las seis de la mañana de otro día. Imagina
el ahorcado un piso sucio y una mujer que corre
hacia una multitud. Un resplandor lo ciega
y encendido y despierto en otra oscuridad, los dedos
de las manos completos, nuevamente se duerme.

Hora última

Recuerde y se estremezca quien pueda respirar
y reír bajo las doce campanadas
de este techo que gira. Luna y sol dan calor
toda la noche, y en el abierto mediodía
los pasos se dispersan
y al encontrarse van, toman las aguas
o el fuego en una misma poza.

Quien pueda abrir las manos
llene esta oscuridad
y vuelva luego el cuerpo a esta parte:
la lejanía lo espera bajo las doce campanadas
del mes, el techo gira y se destroza
porque ha llegado
quien puede dar calor al aire en este día,
y es un hombre de sombra gigantesca
que mueve sus dos brazos al azar,
y en ellos lleva las doce campanadas
y un cuerpo negro y frágil que lo anima
a respirar, a abrir las manos
y a dejarlas sobre un tronco dormido,
en el suelo, en el mundo
o en su misma cabeza estremecida.

Durmió sobre las aguas

A la orilla del mar lejano siempre
le dijo que esperara. Y fue, y en su callada
y remota humanidad fijó las manos
que eran de clara arena.

Le dijo que gaviotas y espuma pasarían
con ojos de dolor, y que en sus cuencas
a la muerte en reposo encontraría
como en las viejas noches, mirándola pasar
hacia una tibia orilla.

Que gaviotas y espuma pasarían,
le dijo, mas ninguna pasó, y poniendo las manos
sobre el agua del mar lejano siempre
bajó hasta su profunda y antigua oscuridad:
las manos secas brotaron a lo lejos
una vez y otra vez, y eran alas quemadas
de gaviotas en celo las que huían
en su última voz. Que no buscara,
le dijo, más que el sitio propicio que la espuma
comienza a recorrer, y la arena y el sol cubrieron huecas
palabras que ya no supo oír: toda la noche
y el tiempo de su vida durmió sobre las aguas
humeantes, y el incendio en sus manos
pasó de espuma a nubes
negras de tempestad. Bajo la calma
de la noche cerrada habló otra vez de noches
viejas, de arenas y gaviotas
que esperaban su voz; y recordó sus alas
en vuelo y en reposo y una sola mirada

tendida hacia la arena del mar que renacía.
Recordó que rodeada de luz la había dejado
y que cuencas sombrías espiaban en el viento
sus pasos, su humanidad callada y el sitio que la espuma
vuelve a desvanecer.

Dejó la noche atrás, todo el incendio
hundirse entre la arena. Y entonces frente a frente,
antes de que pudiera decirle que esperara,
traspasada de rayos y de olvido
temblando la encontró.

Tierra firme

Un perro duerme debajo de la cama.
Mayo prosigue aunque es septiembre todavía.
Dueño del mundo, amo, construye un edificio
que los contenga a todos
como una cáscara de nuez al fruto seco.
Luego golpea. No existe ningún país
en tierra firme. Generaciones nacidas en los últimos años
habremos de morir. Dados a luz a ras de tierra
contra nosotros el edificio se levanta.
Es mentira que pese demasiado
sobre nuestras cabezas. Habremos de morir
y muerte súbita o ruin quiero,
nunca lenta ni honrosa.
Debajo de la cama un perro duerme.

Direcciones del mundo

Esta vida polvorienta y sin calma parece que está bien cuando se abre a una hora precisa de un largo mes sin sol: la noche sube y llama quedadamente a la hora en que nadie se acuerda de que una vez se halló una sombra que se inclinaba ante las cuatro direcciones poderosas y alegres de un viejo mediodía. Parece que está bien porque se empequeñece o agiganta esta vida de luz y de fatiga abierta a toda oscuridad: lámina doble corpulenta y sin calma en la que no se pierde más que una breve claridad segura a todo. Queda y sube la hora en el minuto exacto, regresa y se detiene y sólo busca rostros de calles amarillas, agua en la que perderse no significa nada que no pueda alcanzarse de golpe y con un gesto: calor de primavera y frío, helado mes sin sol en que nadie recuerda cómo llega la noche a la mañana, escondida en sus cuatro direcciones cubiertas de una larga pasión amamantada en años de antigüedad y duelo. Parece que está bien cuando recorre sólo un corto camino en la palma de la mano o en el aire, o cuando se abandona entre brazos y espalda

tendidos a vivir.

La llamo y le digo que está bien, que si se queda parecerá que viene apenas asomando la tarde y la noche tras ella, o sólo el movimiento del día blanqueado en su color.

Le digo que está bien en la hora exacta en que levanta el vuelo con alas poderosas y agazapada toda repite que se va, que no se irá bajo estallido y fuego sino aprisa y a tientas, escondida en tanta claridad como se hará en su mano. Polvorienta y sin calma sobre su corpulencia parecerá algún día sólo un fuerte eslabón, un reino en la llanura, la llanura o una tempestad purificada en olas venidas al azar: parecerá que llama quedamente otra vez a un mediodía cualquiera para sólo decirle que observa su alegría, su antigua claridad resucitada a medias y el largo mes sin sol en que llevarlo pudo por cuatro direcciones del mundo que conoce: por cuatro direcciones del mundo, las mismas que conoce.

Omnipresencia

Dios no está aquí sino en aquel rincón: no me ha reconocido ni por los siglos de los siglos logrará vislumbrarme. Permanece en el hueco del muro y allí se quedará. Duerme y vigila, se mueve apenas y repite a cada hora: “Nada es aunque todo esté aquí. Me llamo moho, comején, sillares y ventana”. Entra la luz y su cara se alarga en todo el muro: es fría, es blanca y sus ojos se abren y se cierran. Imagina que va cruzando puertas y que camina por azoteas, añosas unas y otras recién construidas. Prosigue en su rincón y no sé qué decirle. No puedo siquiera asegurarle que no está allí y que su omnipresencia se reduce. Cómo me alegra la mañana aunque me duela no ser visto ni intuido por el que en el rincón imagina que pasa bajo un puente de cenizas y lodo. No existo y sin embargo estoy temblando.

Agua remota

A una hora de aquí
la muerte, o aunque no sea la muerte,
espera en su quemada choza
a que el agua de lluvia levante su heredad
y se la lleve entre dos o tres palabras
frías
dichas antes que pase la alborada.
Espera la muerte como si no esperara
más que el agua de lluvia y no la boca
que le abra el corazón,
y su cuerpo traspasan los vientos de la noche
recién venida al mundo, y en su cabeza el día
la observa de lejos y de cerca
y dice
aquellas dos o tres palabras frías
que nadie puede pronunciar ante la lluvia
de agua clara y remota, porque entonces
los huesos de la muerte se unirían
para luego formar
una larga centella a su quemada choza
y a la boca que le abre el corazón
esclavo y duro.

A una hora de aquí sólo un grito tendrá
la muerte en su heredad aprisionada,
y bajará una lluvia fina hasta sus huesos
tranquilos, cruzados mansamente
en la remota claridad del agua.

El sexto día de la creación

Hoy no es el día de la creación pero parece como si en un campo de
[luces

fuera agosto y hubiera siluetas de mujeres y hombres
esperando un suceso que los alimentara: el quinto y sexto
día de la creación con pájaros y sierpes conversando de amor
y de friolenta vida. Hoy vienen hasta aquí
no sólo pájaros y sierpes sino también sonidos
que alguien arroja hacia el lugar donde nos encontramos.

Mañana lloverá sobre esta casa

y cada gota triste tendrá pequeños ojos de insecto para vernos
tendidos en el suelo y recibiendo el agua. Hoy no sucederá ninguna

[cosa

que pueda referirse, pero mañana habrá siluetas
de mujeres y hombres moviéndose en el aire. Un dedo
gigantesco nos llamará; una montaña se abrirá en muchas partes
para vemos reunidos bajo los techos altos,
con brazos, boca y ojos hablando de la noche, del día, del tiempo todo
como si fuera una aridez, un puerto, un vaso
quebradizo o un rostro conocido en nuestras manos.

Coversación

A qué le prenderemos fuego para que se nos quite el frío.

Vamos a buscar un leño que arda, a ver si puede
hacemos el favor de arder, o a ver si quiere.

A qué le prenderemos fuego si tú tienes un brazo
y yo otro y no hay quién diga nada.

Aconséjame tú, vamos diciéndole al frío
que se retire o que no vuelva. porque estorba.

Frío natural nos da, ya no hay remedio,
pero yo te acompaño y no acompaño a nadie
más que a ti: vamos cantando una canción
que sepas bien cantar y que oigan todos
como un zumbido o un llanto proveniente
del sitio exacto que apisonan.

A qué le prenderemos fuego para que se nos quite el frío.

Pero a la colcha no, porque se quema,
ni a nada porque arde y luego no se sabe
ya nunca cómo fue, y es difícil
adivinar después cómo haya sido.

Mejor al leño, si quiere o si se deja
quemar para que se nos quite el frío.

Mejor quemar el leño

para que no nos esfumemos hechos polvo menudo.

Vamos quemando el leño todos juntos
ahora que no nos sirve para nada.

A qué le prenderemos fuego para que se nos quite el frío.

La expulsión

Descendemos en el polvo lunar
y ciento cuarenta y cuatro años nos cercan
igual que un breve remolino.
He dejado mi casa, la expulsión,
los techos aplastados y hoy quiero
y no quiero volver. Estamos solos
y quietos y nada importa ahora.
Ciento cuarenta y cuatro años significan
muy poco: una mentira mientras vamos bajando
hacia el polvo que sube antes que lo toquemos.
Somos diez y ninguno está solo en esta casa
circular. Se oye un golpe, una caída, un grito
y alguien desaparece. Nueve quedamos
solamente porque el décimo ríe, cruza
el aire, vuela y se esfuma detrás de un largo
y seco telón negro. Ha terminado
la función y alguien quisiera
vaciar lentamente el cuerpo
órgano a órgano, huesos,
líquidos y tendones. Se mueve arriba, abajo,
una luz: la casa que dejamos,
la expulsión: una forma redonda.

Hombre de poca edad

Un hombre de poca edad pero alto
como setenta y siete cedros
dice: "El mundo debe desaparecer
mañana a esta misma hora. No quiero
verlo más". Cierra los ojos y el mundo
se va apagando poco a poco hasta que muere.
Un ángel viene y va y en el aire se sienta:
no tiene más que polvo
y un vacío en el pecho en forma de ala.
Alto como setenta y siete cedros
el hombre de poca edad le da la espalda,
la boca apenas una línea mientras las estaciones,
todas juntas, van pasando y se oyen voces,
relámpagos lejanos, pasos y paredes sonoras.
El ángel se adelanta y en el aire ante el hombre
se sienta, llama, evoca un círculo,
una línea en un muro, una cabeza,
un agua mansa y en ella ningún pez.
Espera un poco el ángel, fijo, negro,
con su vacío en el pecho en forma de ala.
Ceño, lengua mordida, la boca apenas una línea,
vuelve a darle la espalda para siempre
el hombre de poca edad pero alto
como setenta y siete cedros.

Recado para el muerto

Encontrarás un anillo de hierro enmohecido
y un clavo, si escarbas un poco
bajo la tierra húmeda que amas.
y un botón, y un pedazo de tela miserable
y acaso un fémur, o un hueso pequeñísimo
que a ningún cuerpo humano pudo pertenecer.
Tócalo y déjalo otra vez, que aún está blanqueando
y su germinación prosigue.

Revuelve entre la tierra, toma el clavo,
el botón y el anillo y aléjate de allí.
No vuelvas nunca. Pisotea el pedazo
de tela miserable. Y esta noche,
si duermes, sueña selvas y ríos,
hierbas altas, espigas,
y canta la canción que aprendiste una mañana
hundido en el rumor del cuerpo vivo
que fue y que no es ya más.

No te muevas si te sientes perdido: te rodean
inofensivos vientos claros, alimañas y cuervos
que llegarán confusamente hasta tus manos.
Tiéndete hasta morir. Sonríe y llora un poco.
Respira el aire de las sombras
una vez y otra vez, una vez última,
mas no repitas la canción, ni te aferres
al clavo ni al anillo,
que al fin se esfuman para siempre, vuelan,
se deshacen y caen en el vacío

donde no los verás más. Nunca fueron,
podrás decir entonces.

68 años

De una sola vuelta se apagó, y hubo abundancia cuando aparecieron por primera vez igual a un solo pecho vivo y empezaron a andar. Y cómo andaban, cómo se movían de un lado a otro cuando el color se aligeraba y caía la nieve.

Aunque no era nieve por más que se le pareciera: gran abundancia en los espacios, grande luz cuando la luz dejó de verse y una oscuridad cuando otra vez surgió. Porque nieve, luz y esplendor, todo eso parecía la abundancia, el movimiento y quién sabe lo que fuera el color y la forma de un solo pecho vivo ajustado a un ejército de pechos que un día apareció. Y andaban, caminaban de un modo que da gusto referirlo, y era la lejanía y el descanso, el color y la nieve cerrada, todo junto cae y cae, moviéndose entre luz y oscuridad, oh maravilla.

Porque no dejaba de verse nada y era una abundancia en los espacios ocupados y en los no ocupados. Y era un esplendor y un estar en pie sobre la oscuridad mientras pasaba la nieve, el color o lo que fuera que pasaba. Porque todo se removía y se daba cuenta de algo, de no se sabe qué. Y cómo apareció, y cómo se vino ensanchando poco a poco, maravilla de ver y de sentirse, mientras caminaba y caminaba por los espacios, por todos los espacios y extensiones hasta que fue una grande luz, un movimiento y abundancia

lejanos, un color que ya no se abarcaba.

Todo junto era eso
que vino y que empezó a caminar y a extenderse
hasta que de una sola vuelta se apagó.

Langostas y animales

Langostas y animales vinieron a roer
una dicha del corazón bajo los tulipanes,
y emprendieron el vuelo los malignos colores
de la tierra humeante que de cerca los vio.
Bajar y apresurarse no podían
cuando de entre sus dedos nacida poco a poco
brotaba la embriaguez: se apoderaba de invierno
y de calor y hacía remolinos
el agua frente al aire.

Mas los colores de la tierra que de cerca los vio
llegar y apoderarse de una vez
de un corazón hundido bajo hierbas,
supieron cómo tiembla y rodó la miserable
estación del estío en terremotos
grandes sin fin, antes de que llegaran
bestias y dudas a sus mecidas hojas.
Porque su voz estaba hecha de brevedad y amor
no detenido, langostas y animales se pusieron a andar
dos a dos y uno a uno
y entregaron su duelo a la humedad tardía
y amarga de sabor, que los condujo
sabiendo cómo sube y se va, cómo
tarda en morir lo que ya vive.

Langostas y animales vinieron: ya no están.
Qué lejana la tarde que los detuvo cerca
de un límite sin fin, y qué lejana
si pensaron roer y levantar la dicha

dentro del corazón: porque quedaron
dos a dos y uno a uno
mientras iban en vuelo piedras y terremotos
y eran suaves los pasos que no se detenían
ante el rumor creciente de sus voces
que hablaban del estío, de dudas y humedades
reunidas para siempre en una tierra humeante.

Gato enorme

Negado hasta los cinco dedos
de los pies, el gato permanece
y lame y muerde la mano
del que se va acercando
a él; de todo el que se obstina
queriendo darle prisa para que se adelante
y diga una palabra
que no sabe decir. Los cinco dedos
que se acercan son iguales a otros cinco dedos
que apenas lo abandonan,
y mientras muerde la mano de aquel
que lo acaricia las hojas de los árboles
ni verdes ni amarillas se tienden
bajo él. Pero un solo arañazo, una mirada
puede herirlo. Y el día que se pierde
lo niega, le arrebató el color,
el peso y el contacto de la luz que lo aplasta
en el aire del año terminable.
Ve y no oye, presente y no se mueve
ni huye de la mano, roto el cuello
y el alma irracional,
oh gato enorme.

Bruja

Luz que te duermes, bruja,
dame la mano, aprieta para saber de ti,
que ya crece la lumbre y habla el fuego
del día que se va, de aquel día dormido
que apareció una vez y nos tendió los brazos
como si nos quisiera a ti y a mí,
mientras tú estabas quieta y no volabas
con tu linterna verde hacia el lugar,
al tuyo donde ardías
acurrucada en los aleros
y llorando de pena
por el país, el tuyo, viejo y pobre,
sin quién te lo quisiera.

Dame la mano, vieja, luz que duermes,
y te hablaré de él. Dame la mano y oye
cómo voy hacia ti y cómo te cuento
de la vez que te vi, pegado a tierra,
volar, volar, desvanecerte con tu luz
cuando ya era nacido y ya podía verte
en mi propio país, el mío que ahora lloras
y que ha quedado solo desde entonces
sin quién le dé la mano.

Pero apriétate a mí mientras te cuento
cómo está tu país, cómo duerme la luz
en él y faltan pocos días
para que el fuego crezca
entre tus coyunturas,
las que te arrancarán

de modo que no vueles
y no hagas más tu seña.

Hoy no amanecerá

Hoy no amanecerá.

Malas palabras dice quien se tiende
en hierbas secas al amparo de hermosas edificaciones.

No dormirá ni duerme: podrá abandonar el cuerpo
pero sólo por un instante breve porque en sueños oscuros
estará yendo de su primera hora a la última.

Hoy no amanecerá.

Calles y ríos, soles y eclipses lo estarán esperando.

Alguien se acerca por los caminos quietos,
y porque el que trata de dormir está tendido lejos
malas palabras dice hacia las altas edificaciones.

El puente intacto y la laguna lo rodean
en este instante breve. Hoy no amanecerá
porque alguien viene en la explanada luminosa.

Ese alguien viene, se acerca, llega casi
y no acaba de llegar.

Animales

Animales de lengua blanda
y de costado empedernido, animales
hijos de caracol y de serpiente:
una noche
acumula otra noche
bajo su falda de estiércol y de hierbas.
Allí guarda
faltriqueras y pies,
manos y bocas largas, dientes anchos,
colmillos y sangre hirviente.
Los guarda
como en casa recién cerrada
y no los suelta a andar por el vacío
del mundo.
Lagartijas de las llanuras, peces
y aves negras, todos juntos en una noche
que oculta una noche igual. Catherine
Boucher, amada de duro pétalo,
animal, animales tenemos
en esta noche larga.
No los sueltes, Katherine Boucher,
no los soltemos aunque garras y picos
descansen una y otra
vez en tu cuello sin sangre.
Animales del aire
vendrán por tierra o agua
cegando puertas, levantando
torres y ofreciendo

su voz para cantar detrás de todas ellas.
Animales tenemos adelante y atrás,
lejos y cerca: en cada dedo de las manos
y en rodillas y poros. Los miramos
y nos devuelven la mirada
no por la eternidad completa:
sólo por un instante.

He presenciado algunas veces

He presenciado algunas veces el instante del sol vivo cuando aparece, nada remoto, en el oriente.

He sufrido la noche y el frío de cierta hora del atardecer, cuando aprietan las manos los recién nacidos.

Conozco las piedras blanquecinas, los ojos que no hablan y el paso (lama, moho, diamantes) de los días percederos.

La alegría no viene, nunca llega porque ahora está aquí y fue siempre y no es y todavía será cuando el tiempo termine.

Todo es extraño, me digo en ocasiones. Todo es difícil de entender.

Nunca he visto a las bestias rodeando a la mujer y al hombre.

Eso me falta aunque puedo sin dificultad imaginarlo.

Conozco las lluvias y la tempestad, y he visto ventanas encendidas al amanecer, cuando la mayoría del mundo duerme.

El frío, la oscuridad, las manos de los recién nacidos, el instante del sol vivo, el paso de los días percederos y las piedras blanquecinas no me asustan ahora.

Ojalá esta mañana me muriera.

Datos para un muerto

Las orillas

El sol se ha detenido aunque no es mediodía ni tarde luminosa. Calienta poco pero lo suficiente para desear sentarnos a la sombra de un fresno. Ah, no tener que caminar más para llegar a una y a otra orilla: desde aquí las vemos y ellas van y vienen y en nosotros están a toda hora. Es un río de aguas verdes, un mar negro y también un mar blanco a contraluz. Escucha: llaves y puentes de madera, obsidiana y monstruosa lámina de metal. Nada te espera, nadie te está esperando y la mañana es clara y cerrada para ti: empieza apenas. Colmillos de animal ponzoñoso, cerdos, lengua y babas, mi vida ha terminado aprisa. Nadie la quiso, nadie la deseó en lo profundo. Cómo se oscurece esta sombra del fresno, cómo pesa y se mueven las hojas mientras esperas en tu silla respirando aire de tempestad. El sol se ha detenido ante ti, desciende por tu espalda y te muerde los pies. Cuánto polvo fluorescente viaja por el cielo, cuánta niebla suave cae sin cesar de un lado a otro de las dos orillas. Aquí está mi cabeza: golpea cuanto quieras. Las aguas de los mares y del río están quietas. Golpea sin temor.

Risa

No puede levantarse el muerto.
Obsérvalo, escorpión.
El dios barbado lo apunta con el dedo.
Suenan ya las trompetas

y el muerto aún no se levanta:
está azorado y se remueve,
abre y cierra los ojos
y aprieta entre sus manos
su último jirón de carne.
Mientras el muerto se levanta
vamos a recordar una montaña gris,
una gozosa hora, una mesa
dispuesta. Alguien nos llama.
Salgamos a la calle a sonreír.
Cómo me punza esta felicidad
de adivinar al muerto
protegiendo el último trozo de su carne
y haciendo esfuerzos
para no levantarse más.
Obsérvalo, escorpión.

Los sueños

Una moneda caída, un mantel de flores rojas y un cuchillo
sin filo. Recuerdas eso y más. Te llamas cirio,
carbúnculo y asbesto. Cómo quiero estar seguro
de todo, darme cuenta de lo que está pasando aquí.
Dijiste: Recuerdo un girasol marchito, una hoguera
y una mujer alegre y espigada. Me gustaría volverla
a ver. Y en sueños fuiste lejos para encontrarla
bajo un toldo que se combaba al viento, y le dijiste algo
que no sé. Pero te espera un túnel largo, una ciudad
deshabitada. Date prisa. La mujer no se ha ido:
ahora es mediodía y va a cruzar una calle que ha de acercarla

un poco, sólo un poco, a esta esquina remota. Allí está ya.
Hoy es viernes, primer viernes de agosto. No quieras saber el año.
Hombres de edad propecta se saludan y se desean salud
y un día sin novedad. Así dicen. Las garzas
aletean en el parque y picotean insectos que llegan hasta ellas.
Tu cuerpo se estremece al recordar la línea tibia del horizonte oscuro,
la del este y la del noroeste. Dijiste: Esto tal vez no sea verdad,
pero siento el frío de enero milagroso. Estoy sediento y la memoria
se me pierde. Cuánto ruido hay aquí, cuánta agua ensangrentada
se evapora. Lo creo porque lo veo. Dijiste: Seguramente es un error.
y fue lo último que oí. Quedé imaginando una boca manchada
de azogue y de aserrín, de tierra dura. La boca no gritaba, sólo decía
palabras fáciles de entender en un idioma líquido y pestilente.
No sé por qué he podido imaginaria. No desapareció en seguida.

El dios

Se ha ido el dios. No está.
Ha cruzado las piernas sólo por un instante.
Después se ha ido.
Vamos tras él, vayamos a seguido.
Esta tierra no es buena para él.
Tampoco lo es para nosotros.
Ah, sería mejor que lo dejáramos en paz,
que no le habláramos a toda hora
llamándolo. No le pidamos que regrese:
recordemos que ha cruzado las piernas
sólo por un instante, que ha respirado
el mismo aire irrespirable nuestro
y que se ha ido. Y porque prometió volver

quedémonos aquí, no vayamos tras él.
Esperemos que vuelva.
Encontrará una risa, un agujero
lleno de carne putrefacta,
otra vez una risa
y una injuria en mil dientes carcomidos.

Los padres

Ha dormido infinidad de veces como ahora y no sabe todavía
quién ha construido lo que ve. El bosque no: las llamas
y las culebras de agua saltan de un lado a otro como han saltado
en cuatro siglos. Un caballo, un relincho se acerca. Quetzalcóatl
de sien desvanecida, muerto vestido y miserable, ven y oye
lo que dice esta gente que aquí acostumbra reunirse desde entonces:
Preparémonos a engendrar y a parir, enlacémonos las cinturas
y traigamos al mundo mujeres y hombres risueños. Pasarán pronto
y morirán de enfermedad liviana. Digámosles
lo que tienen que hacer, no les hagamos más daño que ese.
Cuatro siglos es poco, poco tiempo. Son necesarias más horas
para saber que desde cada torre un ahorcado
canta para nosotros y nos llama por nuestro nombre de pila
pidiéndonos maldiciones que le damos sin más.
Cuánto sol desciende hasta las calles
rectas de cuatro esquinas por donde corre un agua jabonosa.
Alguien grita azorado y se despierta en la mañana eterna
de un millar de ojos: camina un poco repitiendo palabras (padre,
hijo) antes de dormirse otra vez. Se queda quieto mientras la cal de
las paredes se desprende en otra parte de la casa,
nunca sobre su cara. No escucha lo que logro decir

con tanto esfuerzo. Sol de las tempestades, hijo, los cielos me están llamando en este instante que se acerca. Alguien ha hecho todo esto, todavía no sé quién, pero sospecho que no has sido tú ni yo porque aún duermo. Estoy dormido y no sé cuándo despertaré. Llego hasta ti, te llamo y me contestas. Vuelvo a llamarte y me contestas otra vez. Está naciendo una mujer y un hombre la recibe en sus brazos: los dos risueños, padre, madre, se hablan en secreto seguros de su eternidad. No grites, no te ahogues en el mundo sin sombras de esta mañana hosca. Sólo existen dos días, sólo dos logran ser, y uno es éste, purulento, amarillo; el otro ya pasó. Dame la mano, abuelo sudoroso, mujer, hijo, bisnieto: en este día quiero despertarme.

Último dato

En lengua viva déjame decirte
que no me iré mañana ni pasado.
Quiero vivir más tiempo:
eternamente me gustaría vivir
a la sombra de un pino en la montaña.
Un solitario pino en el que el viento
susurrador se arraigue, pierda la voz
y en cada brazo traiga un animal de tierra amiga.
Deja decirte en lengua viva: me gustaría vivir
diez años como si fueran
mil, trescientos ochenta y siete como si fueran
sólo un día o una estación: tres meses únicos.
A la sombra del pino me gustaría vivir
viendo caras avergonzadas, lazos, lenguas, bocas

de semejantes que conozco. Oír sus cuerpos
caer en tierra y esfumarse y ennegrecerse en ella.
A la sombra del pino reiríamos todos
y cada semejante tendría seguridad
del tiempo, del día, de los trescientos ochenta y siete años,
de la caída y del ennegrecimiento de los cuerpos
y del deseo de vivir eternamente en esta noche
que no es una sino dos: la del instante que aún no pasa
y la del otro en que empecé a decirte
que no me iría mañana ni pasado porque me gustaría vivir
a la sombra de un pino, en la montaña o donde fuera, eternamente.

Esta edición para internet de
Poemas del sexto día de la creación,
de Raúl Navarrete, se terminó en la Ciudad
de México en octubre de 2009.

En su composición se utilizaron tipos
de la familia Optima.